

COMIENZOS DE LA ARQUITECTURA EN BUENOS AIRES

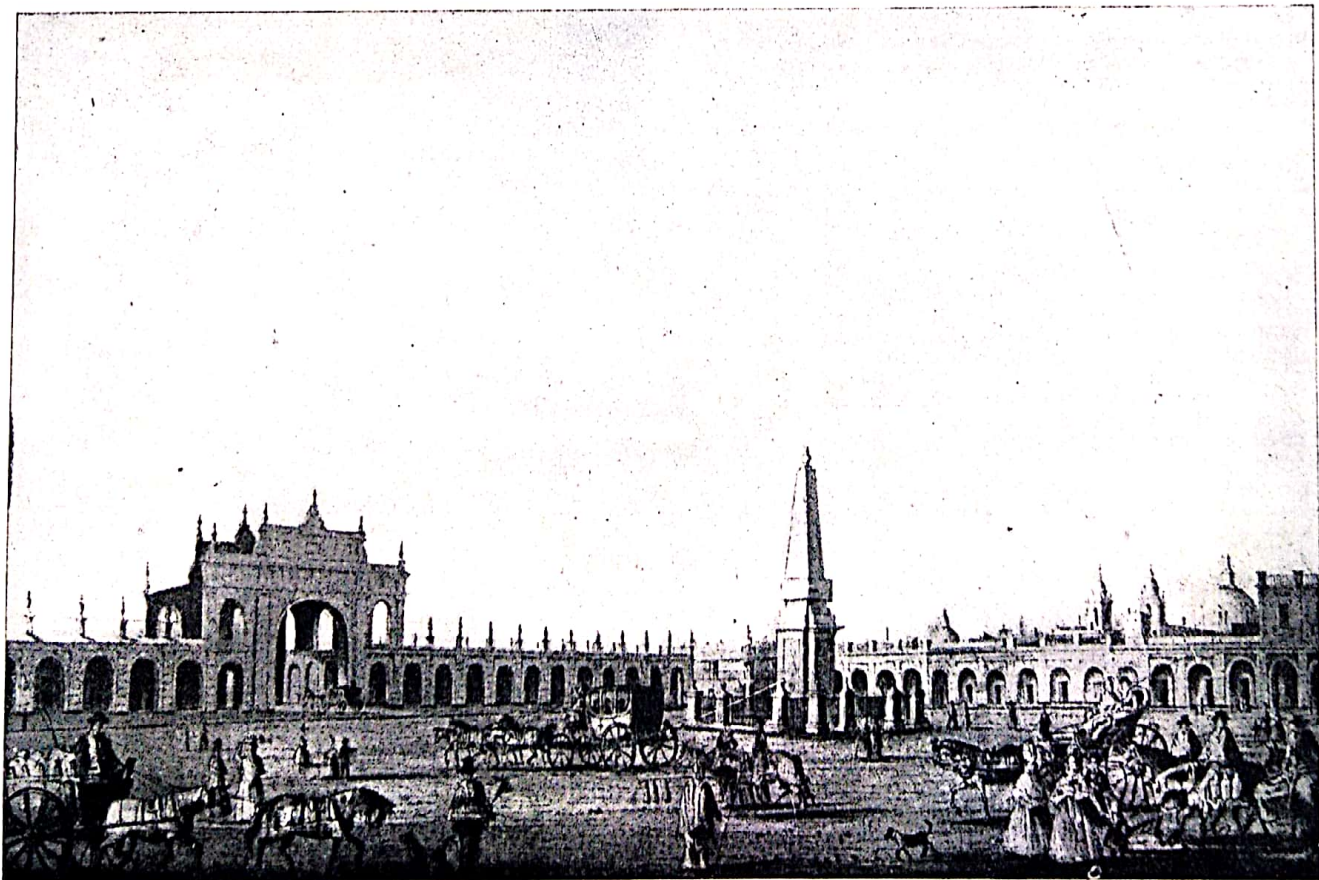
por VICENTE GESUALDO MADERO

La evolución prodigiosa de Buenos Aires, traducida en la constante transformación de sus construcciones públicas y privadas, señala en forma bien caracterizada diversas etapas de su progreso estético y arquitectónico. La vieja ciudad aldeana se agrupó en torno de la histórica Plaza Mayor, donde se levantaban el Cabildo y la Catedral, extendiéndose en forma paulatina y lenta. Al crearse el virreinato del Río de la Plata en agosto de 1776, la ciudad de Buenos Aires se convirtió en capital del mismo y sede del virrey, la Real Audiencia y el Consulado. Para ocupar estos cargos llegaron altos funcionarios acompañados de sus familias, elementos que contribuyeron a elevar el nivel de la sociedad porteña, en cuyo seno despertaron ansias de perfeccionamiento y un intercambio de ideas desconocido hasta entonces. La metamorfosis se realizó rápidamente, y pronto la sociedad porteña pudo ofrecer un conjunto de cultura y distinción en nada inferior a la de cualquier ciudad española de análoga importancia a la suya. En su conjunto el siglo XVIII fue de profunda evolución, sobrepasando los cálculos más optimistas, como para poder escribir don Juan Francisco de Aguirre, en 1783: "No hay uno que no se asombre de la transformación de Buenos Aires casi de repente."

Los arquitectos pertenecientes a la Compañía de Jesús llevaron a cabo una gran tarea en Buenos Aires y en el interior del país, realizando no sólo los templos y edificios vinculados directamente a la Compañía, sino también infinidad de catedrales, iglesias parroquiales, capillas y conventos de otras órdenes.

Los Hermanos arquitectos José Brasanelli (1691-1726), Angel Camillo Petragrassa (1656-1700), Juan Krauss (1653-1714), Juan Wolff (1691-1752), Andrés Bianchi (1677-1740), Juan Bautista Primoli (1673-1747), Martín Schmidt (1694-1773) y tantos otros cubrieron con sus obras los dos siglos más fecundos de la arquitectura colonial.

A partir de 1777, actúa en Buenos Aires y Montevideo el arquitecto portugués José Custodio de Sá y Faria (1733-1792), quien fue capturado en la isla de Santa Catalina por las tropas de Ceballos. Fue uno de los arquitectos más renombrados del virreinato, construyendo en Buenos Aires el teatro de la Ranchería (1783), la nueva cárcel, la Casa de Tabacos, la primera Plaza de Toros, la fachada de la catedral, parte del convento de San Francisco, el edificio del Consulado (1790), etc. El arquitecto italiano Antonio Masella (1700-1774), turinés, arribó a Buenos Aires en 1744 en compañía de su hijo Juan Bautista Masella (1743-1825), quien también fue arquitecto. Masella intervino en la construcción del templo de San Telmo, el Colegio de Belén (hoy Cárcel de Mujeres), el templo de Santo Domingo (1762), el Hospital de Padres Betlemitas



Recova vieja (Plaza de la Victoria), según un dibujo de Carlos E. Pellegrini



Carlos Enrique Pellegrini, autor de los planos del antiguo Teatro Colón de Buenos Aires (1855)



Arquitecto Victor Meano, director de las obras del Teatro Colón

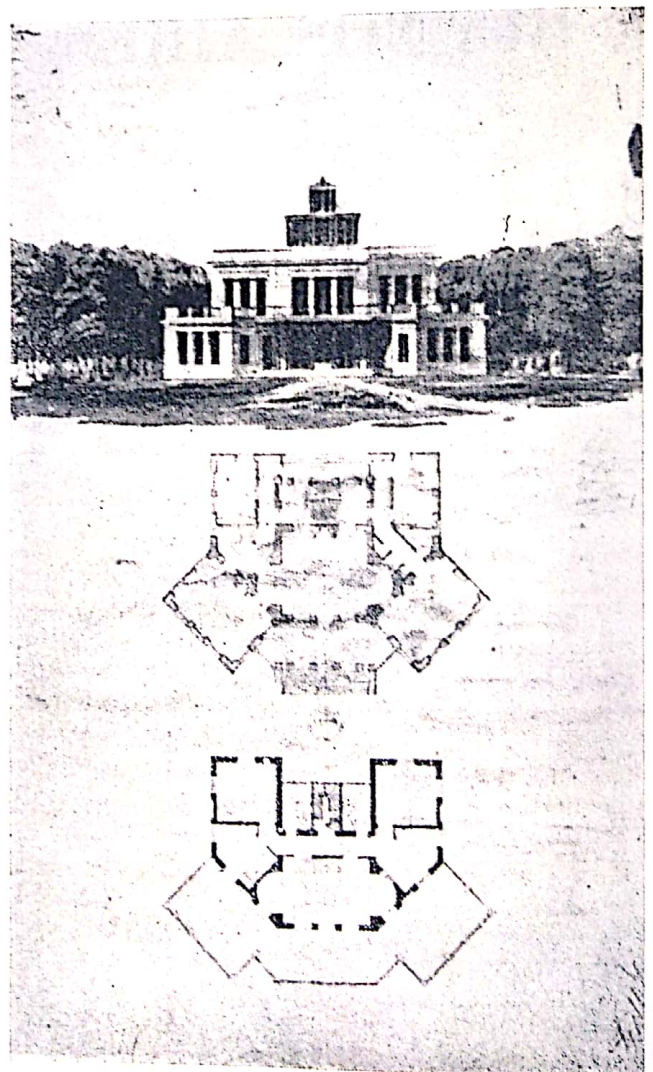


Pierre Benoit, según un autorretrato de 1818. Dibujante y director del Departamento de Ingeniería y Arquitectura de Buenos Aires en 1828, ocupó ese cargo hasta 1852

(1748), la capilla de Monserrat (1756) reedificó la Catedral desde 1755 a 1770, levantando los muros y dando fin a la cúpula, etc. El arquitecto español Martín Boneo (1750-1805), natural de Mallorca, llegó a Buenos Aires en 1783, construyendo la Plaza de Toros, que reemplazó a la anterior que había proyectado Sá y Faria, edificio que se inauguró en el Retiro el 14 de octubre de 1801. Según un documento de 1805 "excedía en hermosura y firmeza" a sus similares de Europa. En 1804, Boneo inició la construcción del Coliseo frente a la Plaza Mayor, edificio que quedaría abandonado sin concluir hasta 1855 en que el arquitecto Pellegrini, utilizando sus gruesos muros, levantó el antiguo teatro Colón.

Juan de Campos, nacido en Buenos Aires en 1728, hijo del arquitecto español Diego de Campos, fue alarife y maestro mayor de obras de la ciudad y coronel de los ejércitos reales. Colaboró con Masella en la obra de la catedral y construyó la Casa de Ejercicios y el convento de San Lorenzo. Juan Bartolomé Howell (1720-1803), arquitecto español de origen británico, realizó trabajos en las fortalezas de Santa Teresa y San Miguel en la Banda Oriental. Tomás Toribio (1756-1810), arquitecto español, realizó estudios en la Real Academia de San Fernando en Madrid, donde fue discípulo de Manuel Tolsá, el gran escultor y arquitecto valenciano que tanta actuación tuvo en México, en donde impuso la arquitectura neoclásica. Toribio arribó al Río de la Plata en 1796 e intervino en las obras de la catedral de Montevideo, trazó los planos del Cabildo (1804-11), la recova de la Plaza Mayor (1804) y el Mercado Viejo de esa ciudad. En Buenos Aires proyectó el Coliseo de Comedias y el frente de la iglesia de San Francisco (1804-1808). Estos arquitectos, que actuaron durante la segunda mitad del siglo XVIII, trajeron a nuestro medio la anticipación neoclásica de la arquitectura española que supo, ya a mediados del siglo, infundir a las repercusiones barrocas una sobriedad en que se advierten supervivencias herrerianas.

A principios del siglo XIX fue maestro mayor de obras de la ciudad de Buenos Aires el porteño Juan Bautista Segismundo, discípulo de Juan Bautista Masella; su actuación se extiende en los años 1802 a 1817. Construyó el arco principal de la Recova de la Plaza Mayor (1802), el Coliseo Provisional, frente a la iglesia de la Merced (1803), el Cuartel de Patricios (1807) y otras obras. Arquitecto y tallista en la época de Mayo fue Francisco Cañete, también discípulo del italiano Masella. Pillado dice que Cañete "tenía conocimientos superiores y era en esa época el representante del progreso en su arte". Cañete era también dibujante y escultor, desempeñándose como profesor en la Escuela de Dibujo que fundó Belgrano en 1799. En 1804 trabajó el gran escudo de mármol con las armas reales que se colocó en la puerta principal de la Real Hacienda. En 1811 construyó la Pirámide en conmemoración de la Revolución de Mayo, el "altar de la patria", como se le llamaba



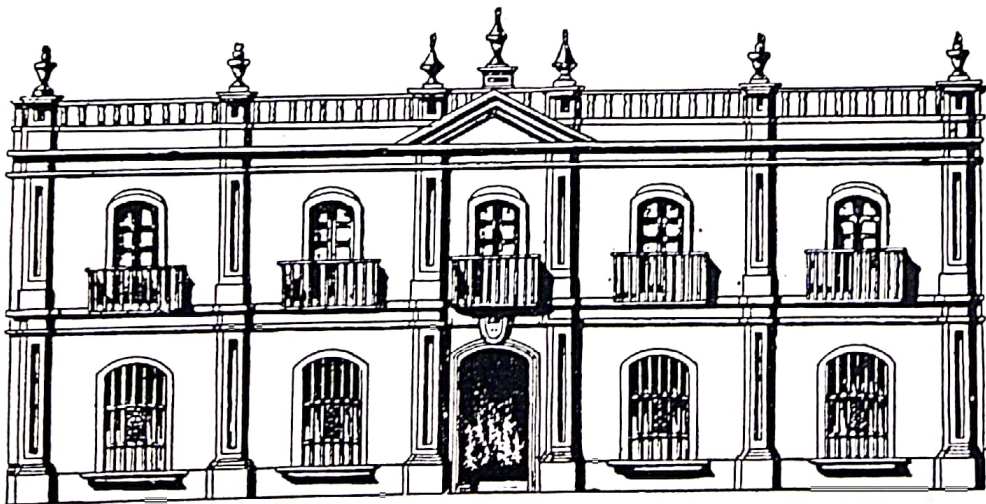
Edificio de la quinta de don Miguel de Azcuénaga en Olivos, proyectado por Prilidiano Pueyrredón en 1851 y construido en 1853. Posteriormente, fue residencia presidencial

entonces. Prilidiano Pueyrredón la cubrió con otra mayor en 1857. En 1817 Cañete trazó un plano para urbanizar la Plaza de la Victoria. Asistimos entonces al desarrollo de los primeros servicios urbanos. Buenos Aires era entonces la cuarta ciudad de Suramérica, y su rápido crecimiento había alcanzado a una edificación de seis mil casas, contando a la sazón con unos cincuenta mil habitantes. Si su vida mantenía todavía las influencias de la reciente dominación española, los acontecimientos de 1810, la Asamblea de 1813, la abolición de la esclavitud, las campañas militares de la independencia, imprimíanle nuevos rasgos que irían poco a poco transformándola. Así, los acontecimientos políticos marcarán desde este instante el rumbo de su evolución urbana. Cabe señalar en esta nueva etapa de su historia, la acción fecunda de Bernardino Rivadavia, quien merece el título de gran urbanista de Buenos Aires. En la época de su administración se introducen formalmente los más positivos y serios adelantos edilicios, promulgándose decretos para la reglamentación de la construcción, etc. En la ley del 22 de abril de 1821 encontramos la primera mención de un cargo público relacionado con la arquitectura, desde la declaración de la independencia, según la cual se establecen empleos de ingeniero hidráulico e ingeniero arquitecto, con el sueldo de dos mil pesos mensuales para cada uno. El 23 de octubre del mismo año se organiza y reglamenta un Departamento de Ingeniería. Próspero Catelin, arquitecto e ingeniero francés, arribó a Buenos Aires a principios de 1821, a invitación de Rivadavia, siendo designado arquitecto en jefe de la Provincia, haciéndose cargo del mencionado departamento. José Antonio Wilde, en su libro de costumbres porteñas, "Buenos Aires desde setenta años atrás", recuerda la figura de Catelin "que vestía uniforme y transitaba las calles a caballo con su ordenanza", contrastando notablemente con su colega, el ingeniero hidráulico Bevans, quien era cuáquero y vestía el modesto traje de su secta. Catelin construyó la fachada de la catedral, de acuerdo con unas reproducciones de la Magdalena de París, que Rivadavia trajo de Europa. El 7 de diciembre de 1821 el gobierno decretó la prohibición de edificar sin la presentación del plano en el Departamento de Ingenieros y la correspondiente licencia; el 14 del mismo mes aparece otro decreto relativo a la delimitación de pueblos y calles. Catelin construyó el edificio de la Sala de Representantes, inaugurado el 1º de mayo de 1822, en la calle Perú esquina Moreno, donde hoy funciona la Facultad de Arquitectura. Este edificio se construyó a semejanza de la Cámara de los Pares de París, y la gran sala poseía tres órdenes bajas en semicírculo destinadas a los asientos de los representantes de las provincias, y detrás, los palcos y graderías para el público, con una capacidad para 400 personas. El 7 de noviembre de 1823 se promulgó el decreto precursor de nuestra Ley de Obras Públicas, prescribiendo los trámites que deben llenarse para la ejecución de las mismas, fijándose con todo detalle las reglas a que debe obedecer la licitación. El 9 de abril de 1824 se nombró una comisión, que integraron el ingeniero en jefe, arquitecto, el primer catedrático de Ciencias Exactas y el segundo jefe del Departamento de Ingenieros Arquitectos. El arquitecto Catelin formó su hogar en Buenos Aires y murió en San Fernando el 1º de julio de 1870.

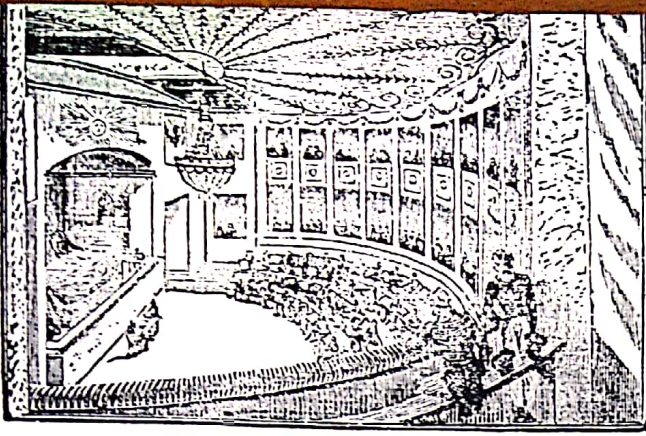


Jan Antonio Buschiazzo, ingeniero y arquitecto italiano, nacido en el Piamonte en 1846 y muerto en Buenos Aires el 13 de mayo de 1917.

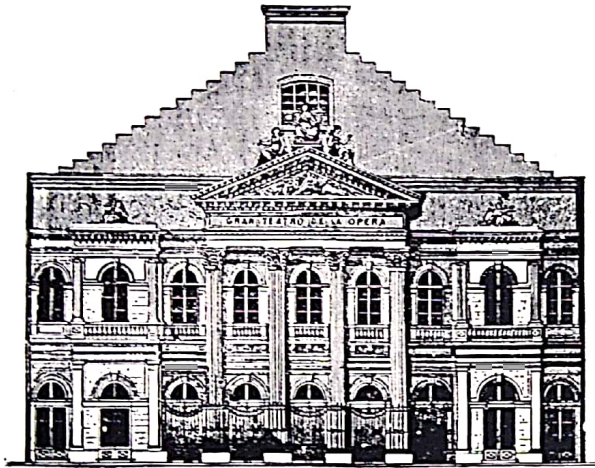
En 1826 llegó a Buenos Aires el arquitecto italiano Carlos Zucchi (1790-1856), también contratado por Rivadavia, quien lo nombró Arquitecto del Gobierno, realizando en tal carácter numerosos trabajos en los años 1828-35. Obras de Zucchi fueron un proyecto de Panteón para hombres ilustres de la Confederación Argentina, el Hospital General, varios puentes, la portada de la iglesia de San Miguel, un muelle de madera, la residencia del general José



Edificio del Consulado de Buenos Aires, construido por el arquitecto José Custodio de Sá y Faria, en 1790, con evidente influencia del estilo neoclásico.



Interior de la Sala de Representantes de Buenos Aires, construida por el arquitecto Catelin



Teatro de la Opera de Buenos Aires, construido en 1871-72 de acuerdo a los planos del arquitecto Emilio Landois

Arquitecto Julio Dormal, según una caricatura del año 1873 que lo ubica en la fábrica de extracto de carne de Puerto Ruiz, cerca de Gualeguay



M. Paz, la iglesia de Santa Fe, etc. En 1828 estableció en la primera cuadra de la calle Potosí, una Escuela de Dibujo con el pintor Pablo Caccianiga. En 1836 pasó a Montevideo, donde trazó los planos de la Plaza Independencia, el teatro Solís, el Tribunal General y el muelle. Regresó a Buenos Aires en 1840, pero al año siguiente viajó al Brasil, exponiendo varios trabajos suyos en la muestra de Bellas Artes de Río de Janeiro, en 1843. Poco después se trasladó a París, presentando un proyecto para la tumba de Napoleón I en Los Invalidos. Falleció en San Macario, cerca de Milán, el 1º de octubre de 1856. Colaborador de Catelin y de Zucchi fue el ingeniero, pintor y marino francés Pedro Benoit (1792-1833) quien residía en nuestra ciudad desde 1818. Recientes investigaciones históricas atribuyen a Benoit la personalidad del desdichado Delfín de Francia. En 1826 Benoit fue nombrado dibujante compositador en el Departamento de Ingenieros Arquitectos, y en 1828, director de ese departamento. Proyecto los planos para la ornamentación de la catedral en 1847. Desde 1828 hasta 1852, en que falleció misteriosamente, Benoit desplegó una actividad extraordinaria dirigiendo las obras públicas más importantes realizadas en la ciudad y en la provincia. Su hijo, Pedro Benoit (1836-1897) fue también arquitecto; a la edad de catorce años ingresó al Departamento Topográfico, mientras seguía estudios de ingeniería y arquitectura. De su actividad nos ocuparemos más adelante.

El 21 de junio de 1828 Carlos Zucchi, arquitecto del gobierno, y Pablo Caccianiga, arquitecto y maestro de dibujo en los colegios de Argentino, de San Miguel y del Ateneo, inauguran su Escuela de Dibujo en la calle Potosí N° 26. El primer año del curso comprende la enseñanza de Arquitectura civil y militar, Perspectiva, teórica y práctica, Elementos de geometría, Topografía, Ornato, Paisaje y Elementos de figura. En los tres años que comprende el curso se emplearon los textos de Vignola, Vitrubio, Milizia y Scamozzi (véase "La Gaceta Mercantil" del 3 de junio de 1828).

Llegamos así a los años 1827-28, y con ellos a la renuncia de Rivadavia, y el derrumbre de sus progresistas obras y proyectos, que señalan una etapa de progreso en todos los órdenes de la cultura. La llegada de Juan Manuel de Rosas al poder marca también en la historia de nuestra arquitectura nuevos tiempos. El arquitecto oficial de esa época fue José Santos Sartorio, probablemente italiano, quien trazó los planos de la residencia de Rosas, en San Benito de Palermo, concluida a mediados de 1838, poco después de fallecer doña Encarnación; el teatro de la Victoria, inaugurado el 25 de mayo del mismo año, y la iglesia de Balvanera, también concluida en 1838. A pesar de nuestro empeño no hemos podido saber nada más del arquitecto Sartorio. Hacia 1880 actúa en Jujuy el arquitecto José Sartorio (1845-1900), natural de la Suiza italiana, pero no sabemos si existían lazos de parentesco con el anterior.

¿Qué aspecto presentaba Buenos Aires, en su arquitectura, para los viajeros que arribaron en esos años? Sin duda debía ser pintoresca. En base a los recuerdos gráficos que nos legaron los artistas Vidal (1819), Bacle (1828), Pellegrini (1830), Morel, Ibarra, Vabois, Palliere y otros, podemos intentar esa reconstrucción. El viajero que desembarcaba en esos años del navio, para trasladarse en bote y después en una carreta que le acercaba al muelle, podía contemplar a Buenos Aires como una ciudad española, con ese tono árabe que guardan las ciudades de Andalucía, además de las notas coloridas que le conferían un aspecto típicamente americano. Aglomeración de casas, blanqueadas unas, sin revocar otras, algunas con azoteas y miradores, en los que se divisaba el dilatado estuario. La catedral y las iglesias de San Ignacio, Santo Domingo, San Francisco y la Merced, destacaban sus torres sobre la vasta zona edificada. La Fortaleza, con sus murallas, se alzaba a la izquierda; desde lejos se veía pasear a los centinelas con el arma al hombro entre sus almenas. Entre la fortaleza y el muelle, que se encontraba en línea con la actual calle Cangallo, se distinguía la Alameda, paseo que adornaban álamos y ombúes, con asientos de material debajo de los árboles. En el vasto espacio que se extendía desde la orilla hasta la barrancas, entre charcos y toscas homigueaban las negras lavanderas desparramando sus lios de ropa blanca para asolearlos sobre el verde césped de la ribera. Una vez desembarcado, el viajero veía la Plaza de la Victoria, circundada por la Recova, la arquería del Cabildo, la Policía y la columna de la Catedral con su frente neoclásico. En las calles, rectas, de angostas veredas, que estrechaban aun más las rejas salientes de las ventanas, se alineaban los postes que servían de palenque para atar los caballos. En esas casonas coloniales, de techos de tejas, cornisas barrocas, ventanas voladas y pesadas puertas con aldabones, en los barrios de Santo Domingo y la Merced, habitaba lo mejor de la sociedad porteña de entonces. Esos hogares patriarcales, con su numerosa servidumbre de negros y mestizos, sus floridos patios de aljibe, sus salas de recibo con estrado, tapizadas de damasco rojo o amarillo, sus sólidos muebles de caoba, sus arañas de cristal y sus bujías con fanales, fueron centro de una actividad en la que brillaba el romanticismo.

El célebre naturalista inglés Carlos Darwin visitó nuestra ciudad en septiembre de 1833, expresando: "La ciudad de Buenos Aires es grande y una de las más regulares, creo, que hay en el mundo. Todas las calles cortan en ángulo recto, y hallándose a igual distancia unas de otras todas las calles paralelas, las casas forman cuadrados sólidos de iguales dimensiones, llamados cuadras. Las casas, cuyos aposentos dan todos a un patio pequeño muy bonito,

no suelen tener más que un piso, coronado por una azotea con asientos, donde los habitantes acostumbran a estar por el verano. En el centro de la ciudad está la plaza, alrededor de la cual se ven los edificios públicos, la fortaleza, la catedral, etc. El conjunto de esos edificios presenta magnífico golpe de vista, aun cuando ninguno de ellos tenga pretensiones de bella arquitectura.”

Los años de la tiranía fueron poco fructíferos en materia de edificación. A partir de la caída de Rosas se advierte una reacción encaminada a plantear los progresos iniciales de la incipiente urbe. En el año 1853 se edificaron en Buenos Aires más de mil casas, prevaleciendo el tipo uniforme de azotea, con balustradas de reja de hierro y mampostería. Los balcones y las rejas salientes de las ventanas exhibían ornamentaciones de flores y virolas de plomo ornamentadas.

Carlos Enrique Pellegrini (1800-1875), ingeniero y arquitecto saboyano, contratado en 1826 por el gobierno de Rivadavia para dirigir el Departamento de Obras Públicas, fue uno de los primeros profesionales que colaboraron eficientemente en la tarea de la transformación de Buenos Aires. Su primera tarea consistió en proyectar un vasto plan de mejoramiento urbano, que comprendía la vialidad, el ornato y el alumbramiento de la ciudad. A su labor incesante se debió en 1830 un trabajo importante para la conducción y clarificación de las aguas del Río de la Plata, a fin de destinarlas al consumo de la población. Su obra como arquitecto se resume principalmente en el trazado de los planos y construcción del palacio del Arzobispado, destruido durante los sucesos de junio de 1955, la restauración de la catedral y el proyecto y construcción del antiguo teatro Colón, emplazado en el sitio que actualmente ocupa el Banco de la Nación, frente a la Plaza de Mayo. Con el teatro Colón se realizaban los sueños de ese hombre de empresa que fue Pellegrini; esta obra señaló una nueva época en la fisonomía arquitectónica de la ciudad. Su autor introdujo la tiranería de hierro en la construcción, que terminó con la arcaica estructura de madera de la época colonial. En la “Revista del Plata”, que dirigía, redactaba, ilustraba y administraba, escribió años después, en diciembre de 1860: “El techo principal, el que cubre la sala y el escenario, es de hierro únicamente. Pesa 150 toneladas y en el teatro hay invertidos más de un millón de libras de hierro. Si el fuego debiera acometerlo y producir todos los estragos posibles, el perjuicio, por la poca combustibilidad de los materiales, no pasaría tal vez de tres o cuatro mil onzas de oro.” Concedió Pellegrini tanta importancia al hierro que llegó a escribir: “La prosperidad de los pueblos se mide hoy por su consumo de hierro.” En ese mismo artículo de la “Revista del Plata” se comprueba su preocupación por el peligro de incendio: “Una cantidad considerable de dinero gastóse en coronar las paredes del edificio con trece depósitos de agua, a llave flotante. El mayor ocupa un extremo de la cumbre del techo; una bomba los alimenta, elevando las aguas de un pozo a cincuenta metros de altura.” El antiguo teatro Colón costó cinco millones y medio de pesos en moneda corriente. Debajo de la platea se construyó un gigantesco subterráneo en donde se depositaba el hielo, importado verano. Pellegrini fue también dibujante y acuarelista; de su labor como retratista, realizada en los años 1830-35, ha dejado unos 800 retratos de casi toda la sociedad porteña de la época. Sus vistas de Buenos Aires representan una valiosísima contribución a nuestra iconografía histórica.

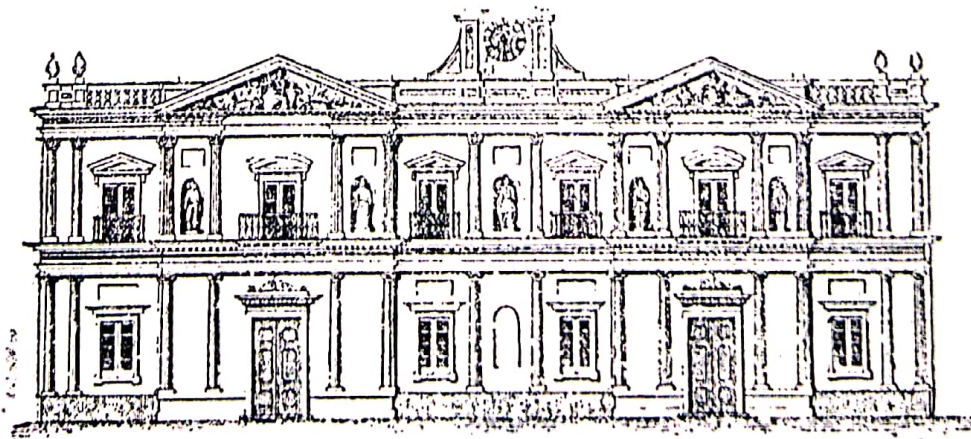
En “La Tribuna” del 31 de enero de 1855, leemos el siguiente suelto: “La fiebre de fabricar que ha tiempo se hace epidémica en los vecinos de Buenos Aires, a invadido también las regiones oficiales. Además de los edificios en vías de construcción que nuestros lectores conocen (se refiere al teatro Colón, a la Aduana y al muelle), tenemos que anunciarles que en la hermosa Plaza del Retiro se va a edificar un magnífico cuartel para el batallón San Martín. Baste decir que los planos son del ingeniero Taylor y que cuesta la obra medio millón de pesos.” El ingeniero y arquitecto a que se refiere el suelto era Alonso Taylor, nacido en Chelsea, Inglaterra, a principios del siglo XIX, quien se estableció en Buenos Aires poco después de 1853. En 1858 pasó al Paraguay, contratado por Carlos Antonio López, construyendo en Asunción el Palacio del Gobierno, la estación del ferrocarril y el nuevo muelle. Durante

la Guerra de la Triple Alianza fue encarcelado por Francisco Solano López hasta diciembre de 1868, en que lo liberaron las tropas brasileñas.

Prilidiano Pueyrredón (1823-1870), uno de los más importantes pintores argentinos del siglo XIX, fue también ingeniero y arquitecto. Realizó estudios en el Instituto Politécnico de París, donde se graduó de ingeniero en 1849. Paralelamente a su actividad de pintor desarrolló también la de arquitecto, proyectando los planos de la casa de Azcuénaga en Olivos (hoy Quinta Presidencial), en 1851; la reforma de la vieja Pirámide de Mayo, a la que elevó y agregó cuatro estatuas en su basamento, obra del escultor Dubordieu; la restauración de la capilla de la Recoleta, y otras obras. Desde 1854 hasta 1859 fue arquitecto del gobierno. Para las fiestas mayas de 1856 hizo plantar 300 árboles en la Plaza de la Victoria y mandó colocar asientos, formar jardines y rodearla de una reja. Concluyó la fachada de la catedral, colocando en el timpano las esculturas que la adornan, obra también de Dubordieu. En 1857 preparó los planos para la Casa de Gobierno. En 1861 proyectó el puente de Barracas, giratorio, que por una imprevisión en el número de pilotes y por la naturaleza cenagosa del terreno, se hundió en el momento de la inauguración. El sufrimiento moral de Pueyrredón a causa de este desastre no tuvo límites; había confiado demasiado en sus conocimientos y práctica de arquitectura, y en su inquebrantable fe en su capacidad de trabajo, pero no pudo medir las dificultades que entrañaba, desde el punto de vista geológico y técnico, la obra. En 1867 inicia nuevamente la construcción del puente, que se libró al público en 1870, poco después de su muerte.

Cuando se escriba la historia de la evolución arquitectónica de Buenos Aires, se deberá recurrir, sin duda, al estudio de la obra del arquitecto belga Julio Dormal (1846-1924), quien residió entre nosotros a partir de 1869, después de realizar estudios en la Escuela Central de París y en la Universidad de Lieja. Por su carácter franco y expansivo, su cultura y condiciones de hombre de mundo, no tardó en ganar un lugar prominente en la sociedad porteña de la época. Por encargo de Sarmiento urbanizó los bañados de Palermo, que ambos recorrían juntos a caballo, para inspeccionar los trabajos. Años más tarde proyectó las primeras pistas y tribunas para el Hipódromo Argentino. Una reforma realizada en la tradicional casa de doña Carmen Lezica de Peña, donde desarrolló un vestíbulo y un patio pompeyanos, puso de moda ese estilo entre nosotros. La transformación que realizó en la casa comercial de Burgos, situada en Florida y Cangallo, fue muy comentada; Dormal realizó allí un gran salón de ventas, iluminado por grandes vidrieras de cristal, y entre éstas y la calle dejó una galería limitada por columnas que sostenían la parte alta del edificio. En esa época no se hacía mayor diferencia entre un maestro albañil y un arquitecto; Dormal impuso el respeto por su profesión y durante 30 años ejerció en ella supremacía indiscutible y merecida. Entre sus obras más importantes destacamos el Palacio de Gobierno de La Plata; la reconstrucción del teatro de la Opera de Buenos Aires (1886); el palacio Basualdo, en la Plaza San Martín, primer premio municipal de 1904; la conclusión del teatro Colón, sobre planos de Tamburini y Meano, etc. Julio Dormal no se destacó solamente como arquitecto, fue también hábil dibujante y escultor. Cooperó con entusiasmo a la formación del Ateneo, la Sociedad Estimulo de Bellas Artes, la Escuela de Arquitectura y Escuela Industrial.

Hasta mediados del siglo pasado la evolución arquitectónica de Buenos Aires no ofreció variantes. Pero el crecimiento de la ciudad, por una parte, y el enriquecimiento de sus habitantes, no tardaron en provocar una reacción, revelada en primer término en las influencias extrañas ejercidas en los edificios construidos después de esa fecha. Buen número de arquitectos, argentinos y extranjeros radicados en el país, no tardaron en imponer sus ideas en gran parte de las casas y edificios porteños. El período comprendido entre 1870 y los finales del siglo registra la actividad de gran número de arquitectos, quienes con sus obras realizaron una excelente depuración del gusto ambiente. Los viejos barrios del sur de nuestra ciudad ostentan aún muchos ejemplares de caserones, con sus fachadas de corte renacentista, en los cuales miraron los órdenes clásicos, exornados con decoraciones cuidadosas y sobrias.



Proyecto de edificio para la Universidad de Buenos Aires, realizado por Carlos E. Pellegrini en 1861